



Buenos Aires, 25 de Noviembre de 1920.-

Señor Don

MIGUEL DE UNAMUNO.

SALAMANCA.

Admirado Maestro:

Hace varios años, desde que me fué dable razonar con alguna independencia, vengo leyendo con íntima satisfacción todo lo que sale de vuestra combativa pluma; reja fecunda de arado excelso que rotura la virgen llanura de tantas almas!

Desde este rincón de América, os vengo admirando Maestro y conmigo una legión inmensa de jóvenes; todos enamorados de la verdad y de la belleza; ansiosos de saber, de adquirir conciencia, esa conciencia honda que supone el conocimiento de sí mismo.

Vuestra obra, maestro, es el pan más blanco y sabroso que podemos brindar al alma. Ningún otro escritor español ni de parte alguna nos merece tan grande y sincera predilección. Y es que vuestra obra nos inquieta, renueva los cimientos más oscuros de nuestra personalidad, nos hace sangrar, abandonar ideas que amábamos y que desechamos por falsas, en una palabra: despierta en nosotros esa gran inquietud de pensar, de pensar hondo, y qué mejor guía que las irradiaciones de vuestra mentalidad; de esa desconcertante conciencia— conciencia cósmica— que constituye vuestra personalidad?

?Y qué indignación no habremos sentido al enterarnos, Maestro, que unos menguados tribunales provinciales os habían condenado a diez y seis años de prisión por el sólo hecho de expresar vuestro pensamiento, vivificante y diamantino?

Tuvimos la impresión de una catástrofe; y todos los que os admiramos, hablábamos del Maestro vejado como de un padre en tierras remotas, que ningún auxilio se le puede prestar, pero que está cerca, muy cerca de nuestro corazón!-

Pero la injusticia tiene bases de arena; nada firme y sólido puede edificarse sobre ella y todos creemos— no podemos creer otra cosa— que esa gran ignominia será borrada.

"La Nación" publicó días atrás vuestro artículo sobre este doloroso asunto y creed, maestro, que al leerlo me he estremecido de emoción.-

Junto con estas pobres líneas, que no tienen otro mérito que ser sinceras, íntensamente sinceras, van dos libros frutos de mi humildísimo ingenio, que someto, maestro, a vuestro peritísimo y imparcial criterio.

Mucho he vacilado antes de dar este paso; sospeché siempre, y sospecho, que ellos no son dignos de vuestra atención, pero tales son los deseos que me impulsan para conocer vuestra opinión, que, no sin rubor, rubor de alma, cometo tamaña irreverencia.

Yo os sé magnánimo; sé que más de una vez demostrasteis compasión y hasta dulzura por las cosas pequeñas; admitid la mía, en virtud de su poquedad, ya que otra gracia no tiene.-

Y aquí terminaré. Espero, maestro, os digneis contestarme. !Cuánta ilusión y candor pone un discípulo esperando la sabia palabra del maestro!



h=1
44

II.-

Pediros perdón por mi atrevimiento al escribiros sin ser presentado por nadie, me parece inoficioso. ¿Acaso no os conozco desde hace mucho tiempo por vuestros libros, artículos, etc., a los que tantas y tantas enseñanzas debo?

Acepta, Maestro, el más reverendo afecto de vuestro humildísimo discípulo y admirador

Agustin P. Rivero Astengo

Agustin P. Rivero Astengo.-

s/c

Calle Rincón nº1534.

Buenos Aires.

Rep. Arg.

N.B.-Como con los impresos no puede ir manuscrito alguno, van los libros por separado.- vale.